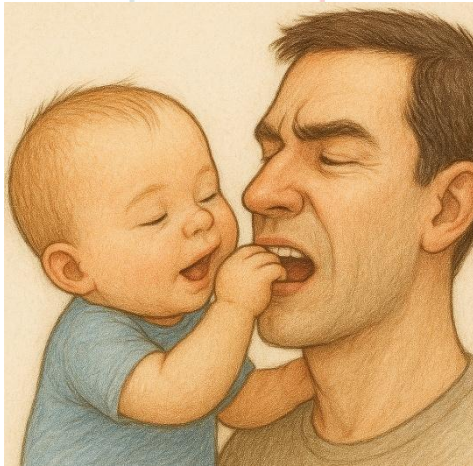




MANOTAZOS, MORDISCOS Y EMPUJONES



Para una educadora infantil una de las tareas más ingratas es la de explicar a los familiares que su hijo/a ha mordido o ha recibido un mordisco de otro compañero o compañera.

Para la familia es una situación desagradable que puede llevar a pensar que la educadora no ha cumplido con su trabajo, al no controlar demasiado al alumnado o, tal vez, que hubiera sido mejor escolarizarle más tarde.

Ambas preocupaciones son lógicas, aunque prescindibles, y, por ello, vamos a explicar, a continuación, el por qué.

Hasta este momento, las oportunidades de interacción del niño con sus iguales han sido limitadas y de carácter puntual, generalmente en espacios de juego no estructurados o en encuentros familiares.

La escuela infantil se constituye, por tanto, en el primer escenario pedagógico donde el niño podrá iniciar un proceso de socialización intencionado y sostenido, favoreciendo la construcción de vínculos afectivos, la

adquisición de competencias comunicativas y el desarrollo de habilidades de convivencia en un grupo estable de iguales.

¿Por qué sucede?

- Debido a que el niño está habituado a ocupar una posición central en la atención de su entorno familiar, puede mostrar dificultades para compartir tanto la atención de la educadora como los materiales y recursos disponibles en el aula.
- La acción de morder puede funcionar como una estrategia de autorregulación ante las molestias físicas derivadas del proceso de dentición.
- En esta etapa evolutiva, caracterizada por la predominancia de la fase oral, la boca constituye un medio principal de exploración y expresión afectiva, por lo que el niño puede utilizarla como vía para manifestar cariño o buscar cercanía.
- El niño aún no posee la conciencia de las consecuencias negativas de su acción, ni respecto a la reacción de los adultos ni en relación con el posible daño ocasionado a sus iguales.
- La conducta de morder también puede aparecer por imitación. Cuando los adultos realizan juegos simbólicos que simulan morder o “comerse” al niño, este puede interiorizar la acción como una forma lúdica de interacción y reproducirla con sus compañeros.
- Dado que las competencias lingüísticas se encuentran todavía en una fase incipiente, la capacidad del niño para expresar sus necesidades o resolver conflictos es limitada, lo que favorece respuestas impulsivas como arrebatar un objeto o recurrir a conductas agresivas simples (morder, empujar, golpear).

En definitiva, durante estos primeros dos años, el bebé es egocentrista y, hasta que no cumpla alrededor de los 3 años resolverá sus conflictos con este tipo de actos. Será entonces cuando aprenda otro tipo de estrategias socialmente más aceptadas.

¿Qué podemos hacer los adultos?

Siempre, siempre, siempre, actuaremos con calma y teniendo presente el principio de normalidad evolutiva. Recuerda que morder en edades tempranas suele estar relacionado con la fase oral, la falta de lenguaje o la búsqueda de atención, y no con una intención de “hacer daño”.

- Debemos marcar el límite y hacerles comprender que su acción provoca dolor y disgusto al otro niño.
- Debemos intentar que pidan perdón y conciliar con un beso.
- Podemos sentarle/a un ratito separado del resto del juego para que lo asocie a su conducta negativa y se aburra mientras los demás juegan.
- Debemos evitar azotes, pegar en la boca, castigarle encerrado pues si observa nuestra agresividad, la imitará. En lugar de ello, podemos ofrecer alternativas u otros elementos para calmar la ansiedad (peluches, mordedores,...)
- Debemos ayudarles a exteriorizar sus emociones y sentimientos propios como base de las relaciones humanas.
- Es importante reconocer y felicitar las conductas positivas, ya que esto refuerza su aprendizaje y motivación de manera más efectiva que centrar la atención en los comportamientos negativos.

¿Cuándo desaparecerá?

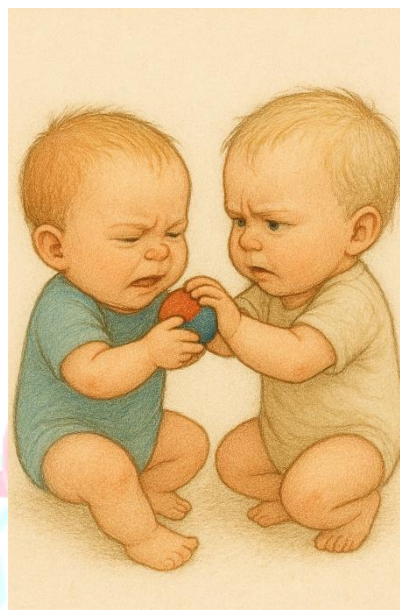
Esta conducta remitirá en el momento en el que el bebé sea capaz manifestar verbalmente sus emociones, sentimientos y deseos.

Si después de estas explicaciones sigues sintiendo que muerden a tu hijo/a con frecuencia, queremos informarte de que pueden existir ciertos factores que hagan que tu bebé sea más propenso a ello. Sin embargo, todos estos factores son completamente normales y esperables en un niño o niña de entre 1 y 3 años que está bien adaptado y feliz.

Temperamento: puede ser que tu bebé sea muy tranquilo o poco reactivo. Puede no defenderse ni alejarse, lo que le hace más vulnerable a ser mordido.

Expresividad: muchos bebés todavía no muestran resistencia clara, y el otro niño no percibe una “señal de límite”.

Preferencia social: algunos pequeños son más buscados por sus compañeros (quieren jugar con ellos o lo que tienen), lo que aumenta las interacciones y, por tanto, el riesgo de mordidas.



Este tipo de actos ocurren de manera aleatoria, en décimas de segundo y, generalmente, sin mediar conflicto previo, previsible y subsanable. Por ello, pedimos que os embarquéis con nosotras en este viaje de comprensión, paciencia y apoyo para generar un ambiente afectivo que ayude al aprendizaje de estas estrategias relacionales que pronto florecerán.

Esperamos haberte ayudado.

Almudena Barco García
Dirección pedagógica
Escuela Infantil Privada Sueña
2024